

# Reseña

**Velázquez Rivera, Lizzette M. & Figarella García, Frances V. (2012).** *Problematización en el aprendizaje: Tres estrategias para la creación de un currículo auténtico*. San Juan, PR: Isla Negra Editores<sup>1</sup>

*Sara Santiago Estrada*

¡Qué bueno es ver la presencia de amigos, colegas, familia, maestros, estudiantes y socias de la Cooperativa Educativa para la Reinención y la Acción (CoopERA) reunidos para acompañar a Frances y a Lizzette! La presentación de un libro es un motivo de celebración en comunidad. Eso es lo que estamos haciendo hoy.

En circunstancias como estas, siempre se agradece al autor del libro la invitación a presentar el texto. Hoy quiero, además de darles las protocolarias gracias a Lizzette y a Frances, hacer transparente ante ustedes por qué mi agradecimiento. Me permito tomar parte del tiempo para hacerlo porque entiendo que este agradecimiento está más que vinculado a la importancia de este libro.

Conocer a las autoras facilita que entendamos mejor el texto y el contexto del libro que presentamos hoy. Es como entender cuándo y por qué Picasso pintó la *Guernica* en ese momento, y no *El Guitarrista*, de su período azul.

Veamos el contexto humano de las autoras. Lizzette y Frances son dos mujeres aguerridas que se propusieron, junto a otras cinco, formar una cooperativa de trabajo. Eso no surgió de la noche a la mañana, fueron muchas horas problematizando lo que estaba ocurriendo en las escuelas con el mal llamado servicio de desarrollo profesional a través de talleres. Decidimos (porque yo soy una de las siete) que no queríamos caer en lo mismo, lo que, en buen español, decimos “spray

1 Esta reseña fue dictada durante la presentación del libro, efectuada el 18 de octubre de 2012, en la Facultad de Educación, de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras. A ello responde el estilo de redacción de este trabajo. N. del E.

and pray”. Y traigo esto porque no es posible apoyar a los niños a problematizar si no lo hemos practicado nosotros. Las autoras ya tienen peritaje; es más, ya no saben abordar situaciones sin hurgar en las tensiones que se manifiestan en toda gestión humana. Más aún, no están recomendando algo que no han practicado. Muy bien apuntan, en el libro, que están en esto desde 1990.

Desde la dedicatoria del libro, se evidencia la relación recíproca entre teoría y práctica, en lo que las autoras creen con fervor. Ambas reconocen su propio aprendizaje en el intercambio con los maestros y con sus estudiantes. Cuando les dedican el libro *a los educadores y futuros educadores*, somos testigos que no es una manifestación “pro forma” de una dedicatoria, sino que de verdad “ocurrió así”. El respeto por sus pares del nivel K-12 es inmenso. Ellas los reconocen como una de sus fuentes primarias de conocimiento. Por eso, cuando leía el libro sentía, de ellas, ese esfuerzo solidario por hacerse entender, sin alardes, buscando la sencillez que se logra en la profundidad de las ideas importantes; sencillez profunda para definir: conflicto cognitivo, disonancia, problematización, aprendizaje significativo, diseño a la inversa... todos conceptos muy complejos. Me venía a la mente lo que Ramón Flecha se preguntaba de Freire: “¿Freire era profundo porque era sencillo o era sencillo porque era profundo?”

Sabemos que, como dice Wanda Rodríguez Arocho, toda gestión humana está históricamente situada, culturalmente construida y socialmente ejecutada. Este libro no es una excepción. En el momento en que estamos presentándolo, están ocurriendo muchas cosas en nuestras escuelas, se están tomando decisiones importantes a nivel macropolítico y, a la vez, hay mucha incertidumbre. Las elecciones generales se acercan, y la sociedad recibe múltiples consignas partidistas que no llegan a problematizar lo que ocurre en el país. Somos consumidores pasivos de esas campañas publicitarias que aparecen mediatizadas por el espectáculo. No hay momento más oportuno para que la competencia de problematizar se manifieste en un país. Sin embargo, me pregunto: ¿cuántos estudiantes puertorriqueños han tenido los ambientes de aprendizaje para descubrir su contexto, entenderlo y transformarlo, auxiliados por la problematización? Yo tenía un amigo que decía que el que no hace lo poco, no hace lo mucho. Este libro me invita a plantearme: “Si los niños no tienen la oportunidad de problematizar desde temprana edad los asuntos más pertinentes a su momento de desarrollo, ¿cómo le vamos a pedir que en su adultez ejerzan con responsabilidad su deber de emitir una opinión democrática

sobre el destino de su país?” Parece exagerado, pero, para mí, de eso es de lo que habla este libro.

Algunos argumentarán que, para que eso ocurra en la sala de clases, tiene que producirse un cambio sistémico completo en la política pública y en los programas de preparación de maestros, entre otras esferas importantes. Ahora, si bien esas líneas de poder son importantes, este libro nos presenta la esperanza de que podemos comenzar ya a intentarlo, que hay alternativas de fuga, que no estamos irremediablemente atrapados en lo que inmoviliza el cambio. Para eso, tenemos que asumir sin temor el conflicto cognitivo del que hablan las autoras. Tenemos que asumir una nueva subjetividad, la de “la educación como práctica de la libertad.”

Ese comenzar, en cada maestro y maestra, es en otro plano de acción que, ligado estrechamente a esa macropolítica, es el que nos atañe hoy. Es el plano de las decisiones que se toman a diario en la creación de ambientes de aprendizaje en los salones de clases. Hoy, cerca de 450,000 estudiantes estuvieron presentes en las escuelas, con cerca de 40,000 maestros mediando en su aprendizaje. ¿Qué ocurrió en esos salones hoy? ¿Cómo resultó la experiencia para esos alumnos y para esos maestros? ¿Qué se logró? ¿Qué no se logró? ¿Qué explica lo que ocurrió? Al hacer esas preguntas, estamos problematizando el proceso de enseñanza y aprendizaje en la sala de clases. Sabemos que no van a emerger contestaciones simples porque la situación es compleja. Es más, requiere de una voluntad férrea para buscar las respuestas y no caer en acomodos peligrosos.

Nada más y nada menos, eso es lo que nos proponen las autoras: que en cada salón de clases, con niños y niñas desde los cuatro años, lleguemos a *problematizar*. Tamaña hazaña es, y cito a las autoras: “facilitar la creación de conflictos cognitivos en los estudiantes, de manera que los mueva a altos niveles de cognición, a analizar, reflexionar, investigar, crear, actuar y evaluar para construir nuevas experiencias de aprendizaje” (p. 21). Y también nos dicen que: “para desarrollar un aprendizaje significativo, es fundamental integrar la vida diaria de los estudiantes al contenido curricular y ofrecer experiencias de aprendizaje centradas en ellos” (p. 34). Es traer al salón esos “fondos de conocimiento” no eruditos y contruidos en las comunidades y familias, de los que nos habla Luis Moll. Problematizar lo que ocurre a nuestro alrededor. Por ejemplo, la desconexión de las máquinas que mantienen vivo al niño Jeffrey Santiago, la campaña de no más tiros al

aire, el dengue y los criaderos, la hazaña de nuestros atletas, la caída de Piculín y la criminalización del *reageton*.

Para que no nos paralicemos ante el reto, las autoras nos proveen un fundamento teórico para problematizar con los estudiantes, muchos ejemplos en viñetas, preguntas y ejercicios. Claro, advierte Jaime García en el prólogo, que “Un fundamento teórico no necesariamente facilita la práctica educativa pero que la práctica sin un fundamento teórico se convierte en una acción técnica.” Y los maestros no somos técnicos que ensamblamos y reparamos gente.

Sin embargo, sería incompleta mi intervención hoy si no traigo contenidos del libro que me gustaría problematizar. Para eso recorro a la crítica solidaria. Por ejemplo, las autoras plantean que la problematización se puede dar “con el simple hecho” de usar las herramientas (p. 22). Cuando lo leía, me imaginaba a Lizzette y a Frances en una clase con sus alumnos. Yo creo, que ni siquiera para ellas, que han transitado tantos conflictos cognitivos y que la disonancia ya es parte de su manera de aprender y de enseñar, resulta simple, por ejemplo, desarrollar las estrategias de Aprendizaje Basado en Problemas. Mi experiencia con las autoras me dice todo lo contrario. Creo que su intención es invitar a tratarlo sin que nos asustemos ante el reto de la educación problematizadora.

Aunque entiendo que no es el propósito del libro, siento que los resultados del aprendizaje de los estudiantes necesitan más problematización (p. 36), o, por lo menos, una invitación más contundente a los maestros y maestras a que lo hagan. Los educadores y educadoras también necesitamos problematizar, afinar esa competencia, descubrir sus potencialidades para el aprendizaje en nosotros mismos. Y qué mejor comienzo que problematizar el aprendizaje de los estudiantes y cómo se está midiendo en Puerto Rico... mucho más allá de que “esa prueba no mide lo que ocurre en la sala de clases”.

Si bien cada maestro puede ser muy poderoso en reconstruirse como educador, no es menos cierto que necesita de los apoyos correspondientes. Esos apoyos siempre deben ser demandados a las autoridades correspondientes. Sin embargo, lo que no podemos hacer es esperar a que el sistema completo cambie. Para eso, necesitaríamos generaciones de estudiantes y maestros que se formen en la educación problematizadora. Y no nos podemos dar el lujo de esperar. Por eso, cada lector decide, en su conciencia, qué puede hacer para adelantar esa agenda ahora. Claro, sin detenernos en la lucha de proponer e

impulsar cambios sistémicos que permitan que nos dediquemos, sin tantos obstáculos, a crear verdaderos ambientes de aprendizaje.

Para mí, ha sido muy revelador este texto en un momento histórico en que se dedican grandes esfuerzos, de muchos, bien intencionados —incluyéndonos a nosotros— en formular una visión educativa para Puerto Rico. Hasta esos esfuerzos deben ser problematizados. Por ejemplo, tenemos que interrogar el discurso oficial de ser competitivos a nivel mundial. Los términos competitividad ante la llamada globalización se expresan en términos de conocimiento y destrezas en las matemáticas y ciencias naturales, el dominio del lenguaje y la tecnología, fundamentalmente. Sin embargo, desde este texto me conectó con otros texto, el de nuestro querido Héctor Joel Álvarez, cuando decía, en su libro, que:

...el problema mayor del ser humano, no es resolver problemas relacionados a su mundo físico natural, sino con problemas de comportamiento, como qué espera de sus congéneres, problemas que requerirán tener representaciones mentales del comportamiento y los estados de ánimo de lo demás seres humanos, problemas de índole social...

En esa dirección, este libro interroga el encargo social de la escuela como dispositivo social. Invita a apreciar otros aprendizajes no tradicionales, además de las maneras estandarizadas de apreciar el progreso de los alumnos. Este texto es una de esas herramientas que sirven a cada maestro para fugarse, de verdad, de la educación bancaria. Provoca el pensamiento crítico, la toma de postura valiente y el reconocimiento de alternativas explicativas conocidas y por conocer sobre los procesos de aprendizaje.

Me pregunto, retóricamente: ¿tiene, este libro, alguna pertinencia con lo que necesita Puerto Rico actualmente para ser la nación a la que aspiramos? La contestación parece obvia. Sin embargo, qué mucho trabajo nos está dando ponernos de acuerdo sobre cómo lograrlo.

Y vuelvo a las autoras. El aprendizaje, como proceso permanente, es, tanto una aventura intelectual-neuronal, como una experiencia emocional. De ahí la creencia de que se necesita mucha seguridad emocional para tomarse riesgos intelectuales. Frances y Lizzette hacen eco de Hostos, cuando decía que: “Ante las ideas bien pensadas, no debe haber temor de presentarlas a los hombres de la más alta inteligencia.”

Quiero terminar por el principio: reiterándoles mi agradecimiento a Frances y a Lizzette por esta invitación, y reafirmandoles que seguimos en el camino de hacer preguntas y augurándoles que nos esperan muchos debates fraternales sobre este texto. Los tengo señalados en el texto para conversarlos.

Gracias, Frances y Lizzette, educadoras “CoopERAdoras”, por este regalo a los estudiantes de Puerto Rico, que serán los principales beneficiados de su compromiso. ¡Gracias hermanas!